

Hombres, ideas y libros

«El Chileno en Madrid», de Joaquín Edwards Bello

Buenos Aires, 28 de Agosto de 1928.

Señor Don Joaquín Edwards Bello.

MI querido amigo: Me he leído de un tirón *Un chileno en Madrid*, y lo estoy haciendo leer por mis amigos. Aunque nunca he vivido en los medios sociales que Ud. describe, anduve cerca de ellos entre los años 1897 y 1904. Buena parte de mi obra se explica por el espanto que aquellos años me causaron. La incertidumbre constante, el no saber nunca a ciencia cierta si estará el pan asegurado el mes siguiente, más el canibalismo de la vida literaria, los he sentido como el infierno de que quisiera librar para siempre a mis compatriotas.

También hay otro infierno opuesto al de la irregularidad: el de la regularidad, que hace irresistible el deseo de lo nuevo y de lo inesperado. Este deseo es casi inexistente en los medios madrileños que Ud. describe, por lo mismo que sus gentes viven al día, sin que sepan lo que harán mañana. Por eso me parece Madrid una de las ciudades más estables de la tierra. La gente no sabe lo que hará el día siguiente, pero se encuentra haciendo años tras años la misma cosa. No sé si se relacionará esta armonía de incertidumbre y aplomo con el madrileñismo que Ud. describe en *Angustias*. «El ser madrileña constituía para ella la más alta nobleza de la tierra. Chamberí, la Paloma, Embajadores, eran títulos resplandecientes.»

Se me figura que la *Angustias* tiene que aburrirse en otro

medio que carezca de las angustias (por algo será éste su nombre) de la vida madrileña y que por ello, de rechazo, ha nacido esta forma localista del patriotismo, tan patética, por lo bella y por lo ineficaz para atraer al hombre de otra región. Y, con todo, hay algo sagrado en todo patriotismo, aunque sea tan chico. Es siempre el misterio de la Encarnación: Dios se hace carne, el Espíritu se abraza a unas piedras, a un pedazo de tierra. Toda patria es también Encarnación, Encarnación y Enterramiento, sólo que a la inversa, no espíritu que baja a la tierra, sino tierra que se alza al Espíritu.

Yo me alejo de su libro. Usted puede ver, naturalmente, con más amor que yo la «golfería» de Madrid, lo que queda del alma trashumante de la Mesta al hacerse sedentaria en Madrid. Es cosa suya, pero no totalmente. La puede Ud. querer porque está algo distante. Yo he tenido que inventar «el sentido sacramental del trabajo» y «el sentido reverencial del dinero», porque sus angustias me angustian demasiado para soportarlas indefinidamente. Que trabaje y ahorre y deje de ser golfa. Es decir, lo que ya empieza a hacer, sólo que habría que hacerlo más de prisa. ¿Y se aburre de la regularidad? Pues que se aburra y haga inventos, para hallar en el progreso el mismo interés que ahora en la aventura.

Veo que he hablado más de Madrid que de su novela. Pero es que su novela es Madrid, y en ello está su mérito. El chileno es una sombra que pasa, dicho sea en honor suyo. Los que no pasan son Mandujano y el «Curriquiqui» y la Carmen y Doña Paca, tan conocidos y tan verdad.

Supongo que será coquetería suya preguntarme en la dedicatoria si le he olvidado. Nunca he dejado de pensar en Ud. y de creer en su valía. Este libro es nueva prueba de que no puedo equivocarme al juzgar del valor de los hombres. Podrá Ud. ir a la derecha o a la izquierda. Yo desearía tenerle de mi lado, porque en mi afecto y en mi respeto estará siempre. Reciba la enhorabuena y un abrazo de su buen amigo.

RAMIRO DE MAEZTU.